

XVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO A

Is 55, 1-3; Rm 8, 35.37-39; Mt 14, 13-21

Al oírlo Jesús, se retiró de allí en una barca, aparte, a un lugar solitario. En cuanto lo supieron las gentes, le siguieron a pie de las ciudades. Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a los enfermos. Al atardecer se le acercaron los discípulos diciendo: "El lugar está deshabitado, y la hora es ya pasada. Despide, pues, a la gente, para que vayan a los pueblos y se compren comida." Mas Jesús les dijo: "No tienen por qué marcharse; dadles vosotros de comer." Dícenle ellos: "No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces." Él dijo: "Traédmelos acá." Y ordenó a la gente reclinarse sobre la hierba; tomó luego los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición y, partiéndolos, dio los panes a los discípulos y los discípulos a la gente. Comieron todos y se saciaron, y recogieron de los trozos sobrantes doce canastos llenos. Y los que habían comido eran unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Luego que los tres domingos anteriores se han presentado las parábolas del Reino, este domingo la liturgia nos presenta a Cristo como el verdadero maná o alimento para el desierto de la vida del hombre, maná del que Dios nos ha provisto por misericordia porque al ver nuestra fragilidad se compadece de nosotros. Por ello San Hilario de Poitiers nos dice: «...tomando consigo los panes y los peces, el Señor elevó los ojos al cielo, los bendijo y los partió, a la vez que daba gracias al Padre porque, después del tiempo de la Ley y los profetas, Él (Jesús) se transformaba en alimento evangélico...» (Hilario de Poitiers, Sobre el Evangelio de Mateo, 4,11).

La primera lectura nos dice: «...Oíd también los que no tenéis dinero: Venid, comprad trigo; comed sin pagar vino y leche de balde...», precisamente sólo donde se da la gratuidad de lo otorgado y recibido el hombre resulta satisfecho. El profeta Isaías nos presenta el tema del alimento dado por el Señor como la realización de la Alianza en la que se manifiesta su bondad. En este pasaje podemos descubrir la superioridad del alimento que nos quiere dar el Señor. Saciarse es un tema muy humano y, a la vez, muy ligado a la bondad de Dios y a su Alianza, es un tema que aparece con frecuencia en el Antiguo Testamento: «...Mi alma se saciará de alimentos exquisitos...» (Sal 62, 6). «...Saciaré de pan a los pobres...» (Sal 131, 15). Esto está significando que sólo en la gratuidad del amor y de la gracia, el hombre puede saciar el hambre de su alma, hambre que Dios en su misericordia sacia sin hacer diferencias ni acepción de personas. Por esta razón, la primera lectura es toda una profecía que se concretiza en esta liturgia a través del evangelio, pues vivir del pan del cielo es poder vivir del amor de Dios; y la participación de este banquete (que es la Eucaristía), es una expresión del amor de Dios, que se nos ofrece y nos llama en el Hijo, para participar gratis de éste banquete de vida eterna.

En el evangelio se nos presenta la multiplicación de los panes y los peces, previamente nos pone frente al hecho de que Juan Bautista ha sido decapitado; Jesús se retira a un lugar tranquilo y apartado; pero la multitud del pueblo le sigue, y Jesús siente lástima de ellos por ello enseña y cura a todos los enfermos. Al

avanzar las horas los discípulos le aconsejan que despidan al gentío porque ven que el tiempo transcurre y deben alimentarse. Jesús, ante su sorpresa, les responde: «...Dadles vosotros de comer...». Los discípulos se sienten incapaces de cumplir este mandato, y es en tales circunstancias que Jesús realizará otro prodigio. San Juan Crisóstomo nos dice al respecto: «...el Señor interviene decididamente y les dice: 'Traedme aquí esos panes'. Porque si el lugar es desierto, aquí está el que alimenta a la tierra entera. Si la hora de comer ha pasado ya, ahora os habla el que no está sujeto a hora ninguna...» (San Juan Crisóstomo, Homilías sobre el Evangelio de Mateo, 49,1).

Así Dios nutre a los suyos con un alimento que sacia a los que lo comen, y que además, tal como lo dice la palabra: sobra. Por eso cuando el evangelio dice «...y sobró...», esto está significando que la Palabra de Dios, que es el mismo Cristo, y que trasciende todo, no puede quedar solamente en nuestra existencia sino que estamos invitados a hacerla vida en nuestro diario existir, para que así al acoger esta Palabra que es el mismo Cristo y que nos ha curado y salvado, a otro que la escucha y la vea concretarse en nuestra existencia también lo pueda curar y salvar según la realidad concreta de su vida porque como dice el evangelio: «...no se enciende una lámpara y se pone debajo del celmín...». Al respecto podemos decir que el creyente no es uno que da su vida por los otros, sino que es un instrumento que manifiesta o transmite la vida de Aquel de quien la recibe: de Dios; por eso san Mateo dice en el evangelio: «...comieron, se saciaron y sobró...».

El Papa Benedicto XVI nos dice al respecto: «...Jesús interpretó el milagro en la otra orilla del lago, en la sinagoga de Cafarnaúm. No lo hizo en el sentido de ser el rey de Israel, con un poder de este mundo, como lo esperaba la muchedumbre, sino en el sentido de la entrega de sí mismo: "el pan que yo voy a dar es mi carne por la vida del mundo" (Juan 6, 51). Jesús anuncia la cruz y con la cruz la auténtica multiplicación de los panes, el pan eucarístico, su manera totalmente nueva de ser rey, una manera totalmente contraria a las expectativas de la gente...» (Benedicto XVI, Audiencia general Pedro el apóstol, 26 de mayo de 2006).

Por eso, cada domingo que celebramos la Santa Misa, -la Eucaristía-, el Señor nos hace presente este milagro providente del amor de Dios, en donde Él mismo, se nos ofrece como alimento, haciendo nuevamente presente el memorial de su amor que se entrega a través de su Palabra y a través de su Cuerpo y Sangre por medio del Sacramento de la Eucaristía. Por ello San Pablo dirá: «...ay de mí si no anunciara el evangelio...»; porque el cristiano es otro Cristo, es uno que no ha venido al mundo a vivir para sí mismo sino que está en el mundo para ser un don, un instrumento para bien de la humanidad, tal como Cristo lo es para cada uno de nosotros.

De esta manera en la Carta a los Romanos (que es la segunda lectura), se puede comprender la fuerza de la expresión de San Pablo cuando dice: «...quien nos podrá separar del amor de Dios (...) ni la muerte ni la vida...». Porque este amor de Cristo que se hace Palabra y alimento nuestro son signos de la Nueva Alianza que Cristo ha inaugurado cuando subiendo a la cruz y derramando su sangre por nosotros ha llevado a cumplimiento el designio salvífico de Dios Padre. Estimado hermano no

hay nada que nos pueda separar del amor de Dios, salvo el pecado contra el Espíritu Santo y, porque no decirlo, nuestra libertad, porque sólo nuestra libertad mal utilizada puede cerrarnos a la gracia divina. Bendigamos a Dios que en su gran bondad deja que escuchemos la voz de su Hijo Amado que nos introduce y nos lleva a vivir de este amor que transforma el ser del hombre.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar